

# No todos los animales son iguales.

Del goce de la ostra, dice Lacan, nadie sabe nada. Tampoco del goce del castor, o de la planta. Pero, ¿y de los cerdos? Del goce de los cerdos sí sabemos algo.

Gracias a George Orwell, sabemos que los cerdos gozan exactamente igual que los hombres. *Los animales, asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre y del hombre al cerdo; y nuevamente, del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro*<sup>1</sup>.

Es el inquietante párrafo final de *Rebelión en la Granja*, feroz crítica satírica del régimen stalinista que Orwell escribió en 1945. La moraleja sería que es inevitable que un régimen nacido de la revolución llegue al aposentamiento cómodo que precisará, más tarde, de otra revolución para cambiar el statu quo, repitiendo el ciclo histórico ad nauseam. Los animales, apenas han defenestrado a los humanos, se enfrentan al dilema de construir su sociedad ideal. Pronto los nuevos dirigentes se aprestan a proporcionar un código moral que arrase las injustas desigualdades del anterior. Así surgen los Mandamientos de la Granja Animal, resumidos en TODOS LOS ANIMALES SON IGUALES. Es la obsesión de toda revolución social: la consecución de la igualdad.

No es cosa sólo de regímenes libertarios. Cualquier dictador de postín se apresura pronto a regular el goce de sus súbditos: podéis hacer esto y aquello, pero sólo así o asá, y siempre en tal o cual momento. Y por supuesto, hay cosas que sólo yo podré hacer.

La democracia no es ajena a esto. Nuestro magnánimo Gobierno actual, haciéndose paladín del nuevo Bien Soberano moderno, el Estado del Bienestar, ha retirado ya de los colegios las infames máquinas dispensadoras de calorías huera y nefandas grasas saturadas. Fuera bollos, snacks y demás porquerías insalubres, así los niños crecerán hermosos pero no gordos. También ha proscrito el tabaco, y le sigue la pista de cerca al alcohol. Habrá más, por supuesto. Al final, se ve venir, seremos todos iguales. Igualmente sonrientes, sanos y felices. Aunque para ello sea menester recetar *PolipiP* a mansalva.

*Todos los animales son iguales* también podría ser lema de nuestra moderna Sociedad del Bienestar. Al principio, en la Granja Animal, bajo la *sabia y benévola*

<sup>1</sup> George Orwell, *Animal Farm*, 1945.

<sup>2</sup> Referencia a la divertida ponencia del Doctor Jordi Pi en Tarragona en marzo de 2010.

dirección de los cerdos, era así. Con el paso de los años se revela que la única igualdad efectiva era la de la esclavitud. Todos eran igual de esclavos. Bueno, se revela al lector, los propios animales apenas si pasan de sospechar que algo se les ha escamoteado, que han sido estafados. Pero no van más lejos. Incluso cuando descubren que en el muro donde figura su Mandamiento hay algo que no cuadra, da igual. Nada cambia.

¿Qué del goce pasa a la palabra? Poco, apenas si unos pedazos. Ni siquiera pedazos, porque el goce no es cuantificable, no hay unidades de medida de goce. Como no hay del placer o del dolor. Podemos hacer descripciones puramente subjetivas: *jamás lo pasé tan bien. Nunca padecí dolor igual. Sentía que se me rompía el alma. ¡Bah! Ese beso no fue para tanto...* Respecto a estas cuestiones sólo podemos usar de la palabra para intentar cernir, por comparación, cuánto o tanto dolor, placer, goce...

Y sin embargo, hay cuestionarios científicos sobre el dolor. Sería raro que la Psicología Experimental no los hubiera desarrollado. El MPQ<sup>3</sup> es uno de los más exitosos. Pero resulta interesante comprobar que cuando se trata de medir el dolor, no puede dejar de recurrirse a lo significativo. En el MPQ se emplean expresiones como *Temible, Incapacitante, Horrible, Que atormenta, Como un desgarró...* lo cual suena más propio de una novela de las hermanas Brontë que de un test. Pero como el cuestionario se acoge a los postulados de la Ciencia, el resultado parece científico. Serio. Objetivo. Lo mismo conseguirías preguntando al paciente *¿Cómo se siente usted, buen hombre?*, pero sin duda es más profesional y da más lustre pasarle el MPQ. *Ahora va a rellenar usted un test llamado McGillian Pain Questionary que mide científicamente cuánto le duele a usted la muerte de su madre. Lea con atención y responda con sinceridad... Y si le hacen falta, ahí tiene kleenex.*

Pero eso funciona, a tenor de la mucha gente afiliada a este tipo de soluciones. Es más, es bien sabido que una queja común en muchos pacientes de Atención Primaria es justamente *Es que mi médico no me ha recetado nada, ¡no me ha dado nada!, ¿cómo puede ser, qué hago yo ahora?, ¿cómo me apaño sin pastilla?* Que podemos traducir en *¿cómo manejo mi goce, si este tipo no me dice la manera?*

Manejar el goce siempre ha sido tarea complicada. Es porque algo del goce se pierde por la palabra que hay Ley, y es por ello que desde el albor de los tiempos se ha pretendido imponer leyes que, ya que no pueden controlar su retorno, nos digan al menos por dónde se mueve. Desde Aristóteles hasta hoy, no hemos cesado de intentar legislar los retornos del goce. En eso se fundamenta el Derecho Natural.

<sup>3</sup> McGillian Pain Questionary, Melzack, 1975.

Y eso justifica todas nuestras leyes, normas y mandamientos, lo que, a la postre, deja como saldo un malestar general que no se cura con nada. Ni Frenadol, ni Aspirina, ni Lexatin, ni Viagra, ni *Polipil*. Al malestar general, el del discurso, como a la gripe, sólo se le puede soportar.

En el tesón de simular que podemos gobernar al goce, cuando en realidad sólo podemos legislar sobre aquella parte que de él retorna por el cuerpo a las palabras, lo cual es bien poco, tanto la Psiquiatría como la Psicología y las Neurociencias han echado el resto. En breve dispondremos del DSM V, que sin duda vendrá provisto de lo más moderno, incluido Bluetooth y WIFI, y será otro éxito de ventas como los anteriores. El DSM V es el nuevo grimorio donde se da cuenta de la igualdad absoluta de todos los seres humanos: iguales ante el significante que nombra la enfermedad, lo que nos lleva a privilegiar la enfermedad en lugar de los enfermos<sup>4</sup>. Es el triunfo de la democracia: la democratización de los malestares. Todos igual de jodidos. Para, a continuación, gracias a la vigilancia y atenciones del Estado del Bienestar, luego todos igual de felices.

Así, bajo su amparo, todo ser humano puede ser acogido e igualado en esa suerte de rasero tranquilizador, consolador, que consiste en encajarse en alguna categoría diagnóstica. Como cada categoría incluye de serie el remedio, usualmente en forma de fármaco, cualquiera que se refugie en las clasificaciones diagnósticas de la Ciencia sentirá los efectos salutíferos de la igualdad, de la creencia en que todo goce puede ser aquilatado por los recursos científicos, y de que toda pulsión igualmente será domeñada para librarse de sus incómodas interrogaciones.

Que la pulsión sólo se satisfaga en sí misma, que no haga lazo con el otro, que sea tan próxima a lo autoerótico, no impide las preguntas. No importa su ensimismamiento, la pulsión siempre es una vía hacia el otro, paradójicamente. Pues la pulsión está en relación directa con las demandas del Otro, y es a través de ellas como se construye la dialéctica del sujeto con el Otro, lo cual, obviamente, incluye lo objetal como moneda de cambio. Esta dialéctica, por ser tal, es una potente máquina de hacer preguntas. *¿Qué me quiere, qué de mí quiere el Otro? ¿Puede perderme? ¿Soy o no soy?*, he ahí la cuestión.

Pero nos enfrentamos a una paradoja: padecemos del goce porque hablamos. Y lo poco que podemos hacer para soportarlo es precisamente hablar. Es decir, que lo que lo causa también es su *remedio*. Seguramente el problema radica en que es difícil reconocer tras nuestros malestares que ése es el modo en que gozamos. Decirle a cualquiera *es que tú gozas con lo que te fastidia la vida* es razón para que nos retiren

---

<sup>4</sup> Cito a Pilar Dasí en su Seminario de Investigación del año en curso en Valencia .

la amistad. El goce, como tal, es inaprehensible. Donde de él algo puede captarse es en el cuerpo.

Pues el goce es el goce del cuerpo, y el cuerpo es sustancia gozante porque es lo primero con lo que nos enfrentamos a él. Porque en tanto sustancia, es el lugar de intersección entre lo simbólico que nos antecede y lo real que nos parió. Es obvio que si no hubiera cuerpo no habría goce, pues aún la Ciencia no ha llegado al punto de sostener una mente fuera de un cuerpo, excepción hecha en *Futurama*<sup>5</sup>. Lo real del goce, real en tanto imposible de simbolizar, es filtrado por el cuerpo vivo y gestionado, mal que bien, a través de aquéllos lugares aptos para representar lo pulsional: los agujeros, tanto fisiológicos como psicológicos. Placer y dolor no alcanzan a drenar ese goce que afecta e incluso conforma al cuerpo. El saldo, el resto no desaguado, es un malestar que intentamos soportar como podemos, y que cuando supera ciertos niveles, nos lleva a la consulta de alguien supuestamente sabio que nos eche una mano: confesores, videntes, chamanes, sacerdotes, camareros, psicólogos, prostitutas, psicoanalistas y cualquiera que se preste a escuchar algo de nuestro malestar.

El Mandamiento *Todos los animales son iguales* es consolador. Pues los Mandamientos unifican, sosiegan al pretender regular al goce. Ser iguales a los demás, y que te lo diga la Ciencia, tranquiliza. Ahora vas al médico y ya no es que no puedas dormir, no tengas ganas de comer, te duela la cabeza, el pecho y las piernas, te preocupe tontamente si cerraste o no los cerrojos de las puertas antes de ir a la cama, o si tu niño de cuatro años es que no para un momento quieto. Ya no importa por qué, y en qué contexto, ni tus palabras para contarle. Ahora padeces insomnio, anorexia, trastorno de conversión, eres un TOC, y tu hijo de cuatro años un TDAH. Eso no lo dices tú: te lo dicen con sus palabras el médico o el psiquiatra. Lo cual, te dicen, te hace igual a todos los demás que padecen lo mismo que tú. Ya no tienes que preocuparte, siguen diciendo, porque lo tuyo es común, otros también lo padecen, no estás solo. Y no dicen más porque ya no saben qué más decir.

Con eso se consigue la identificación a un significante científico, a una suerte de Ideal que, como todo Ideal, calma, pero a costa de la petrificación. De la congelación en forma de ser. Soy un TOC, soy anoréxica, soy ludópata, soy... Y en tanto soy, nada se moverá. Pues son identificaciones a una conducta, no a una falta.

Pero este recurso suele fallar. Hay quien no gusta, o sencillamente no puede, o no se deja, ser encajado en el significante de la Ciencia. Hay quien no

---

<sup>5</sup> Serie de televisión creada por Matt Groening, en la que aparecen cabezas pensantes sin cuerpo como algo cotidiano. Son personajes históricos que de algún modo resisten a la muerte del cuerpo.

obtura su pregunta a pesar del fármaco, o de la Terapia de Implosión, o de la Reestructuración Cognitiva. Esos pasan de consulta en consulta, de terapia en terapia, de técnica de diagnóstico en técnica de diagnóstico, sin hallar nada, para desesperación del clínico de turno. *Le aseguro que usted no tiene nada, mire aquí. ¿Lo ve? No hay nada. No puedo hacer más por usted.*

El malestar del cuerpo es casi siempre un mal estar con el cuerpo, en el cuerpo. Porque incluso cuando hay razones orgánicas, fisiológicas, para el dolor, puede éste tornarse señal, signo de lo que no anda. Pues malestar no es exactamente dolor. Es algo más. Malestar implica un plus más allá del dolor, más allá del placer. El ejercicio de toda pulsión puede ser inscrito también como malestar en el cuerpo. Ejercitar la pulsión supone un malestar. Eso ya nos lo enseñó Freud: el Yo vive mal las satisfacciones del Ello.

Para muchos profesionales de la salud esto no es comprensible. Cuando el fármaco o la terapia no cubren todo el espectro del malestar, no se sabe qué hacer con los restos de lo que no encaja en el organigrama de la Ciencia. He ahí el problema: no se sabe qué hacer. Porque no es el saber del médico o del psicólogo el que debe ponerse en juego, sino el del paciente, lo cual raras veces es tenido en cuenta, ni por unos ni por otros.

Acogidos al Estado del Bienestar, sus vicarios intentan regular los efectos de lo pulsional para encajar al goce de cada cual en un estándar operativo, manejable, sujeto a las leyes, tanto las del Estado como las del Mercado. La igualdad se torna así un excelente Ideal. Pero eso no basta nunca a nadie, porque todos objetamos al discurso establecido como podemos, aunque sea con el síntoma o con el cuerpo.

Decir entonces *el Psicoanálisis es la solución, psicoanalícese usted* sonaría exactamente como un anuncio publicitario. Tampoco todo el mundo cabe en él, ni es válido para todos. Ni resuelve todos los problemas, ni es panacea universal. Entre otras cosas, porque para que un análisis prospere hace falta algo del orden del buen encuentro, de la *tyché* afortunada, y eso... eso no es tan fácil.

No obstante, el hecho es que uno de los postulados del Psicoanálisis es que *no todos los animales son iguales*. Partiendo de ahí, y de la *tyché*, hace falta la voluntad, valdría decir el deseo, del animal en cuestión para que en el encuentro con el hueco que ofrece un analista pueda producirse... bueno, todo eso que ya sabemos: los S<sub>1</sub>, el S<sub>2</sub>, el resto... etcétera. El destino de la Granja Animal es descorazonador, porque los animales, al final ya sin deseo ni esperanza alguna, contemplan estupefactos que no hay diferencia entre el Amo antiguo y el Amo nuevo. La sátira

de Orwell acaba en la desesperanza: todo vuelve a repetirse. ¿Pero eso es necesariamente así?

La repetición es sin duda el origen y el fin de todo, aunque no nos percatemos. Somos herederos, consecuencia de hechos anteriores a nosotros, y sin saberlo repetimos en nuestra vida no sólo nuestros propios carruseles, también los de nuestros ancestros. Quizá ahí radica el origen de la tan extendida idea de la reencarnación. La repetición, como bien enseñó Freud, está más allá del principio, digo principio como inicio, como comienzo, del placer. Antes del placer. Con cada vuelta intentamos cernir algo del goce inasible, a caballo entre... Mejor lo resumiré con las palabras de un canto medieval titulado *In Trutina*, que Carl Orff utilizó para sus *Carmina Burana: en la balanza incierta de mi razón los adversarios vacilan, entre el amor y el pudor, pero yo elijo lo que veo, ofrezco mi cuello al yugo, me someto a tan dulce yugo.*

Me parece una buena metáfora de un análisis.

Pues si el significante es la causa del goce, también lo es de su acotamiento. Nunca terminan de anularse, ni de anudarse, ni uno se impone del todo sobre el otro, hay siempre un tira y afloja en medio del cual nos veremos eternamente atrapados a menos que, en ese vaivén, consintamos en perder algo, ofreciendo el desnudo cuello al yugo.

¿Qué yugo?